



## Columna



Adolfo Alvial, consultor internacional en acuicultura

# Que se mueva la aguja

**E**n Chile, como en muchas partes del mundo, hemos sido testigos del auge de la innovación tecnológica. Este fenómeno ha permeado organizaciones y sociedad, impulsado por una explosión de tecnologías que potencian la investigación, el desarrollo y la innovación. Con la computación actual y el avance hacia la informática cuántica, las posibilidades de cambios disruptivos se amplían exponencialmente.

Un factor clave ha sido la inteligencia artificial (IA), que acelera la investigación, optimiza la toma de decisiones y transforma productos y servicios. Un informe de McKinsey (2023) indica que un tercio de las organizaciones usa IA generativa en al menos una función empresarial, y un 40% aumentará su inversión en IA. No se trata solo de innovación industrial; también en lo social ha dado un salto significativo, desde la medicina personalizada hasta el diseño de políticas públicas eficientes.

Más allá de estas herramientas, lo crucial es el propósito de la innovación. Innovar significa cambios en productos o procesos con un valor tangible y medible, clave tanto en lo económico como en lo social. No basta con celebrar creatividad y emprendimiento si esas iniciativas no se traducen en resultados concretos.

Muchas iniciativas que se presentan como innovaciones no son más que estrategias de marketing, que impresionan pero colapsan. El fenómeno de las startups unicornio lo demuestra: empresas como

WeWork o FTX, valoradas en miles de millones, fracasaron por modelos insostenibles. Según La República de Colombia (2024), el promedio de vida de las startups en Latinoamérica es de 2,44 años, y solo un 15% busca mantenerse en el tiempo. Esto muestra la necesidad de corregir errores comunes.

Pero no todo es insostenible. Hay empresas que, innovando activamente, se sostienen con sólidos modelos de negocio. En muchos casos, el problema radica en la falta de una promesa de valor clara y métricas objetivas para evaluar el impacto.

Es clave transitar desde un financiamiento de “evangelización” indiscriminado hacia una consolidación basada en expectativas demostrables de mercado, con seguimientos rigurosos. En Chile y Latinoamérica, el éxito innovador se ha medido por la cantidad de iniciativas financiadas, sin considerar si realmente mueven la aguja de la economía.

Hoy, la innovación en países en desarrollo debe centrarse en un impacto verificable. No podemos seguir llamando startups a proyectos sin una clara propuesta de valor, ni considerar innovación a procesos sin impacto real. Es hora de que las innovaciones realmente “muevan la aguja” en un sector, comunidad o actividad económica, con evidencia clara de su impacto. Sólo así, la innovación dejará de ser un concepto abstracto, para convertirse en una verdadera herramienta de transformación.